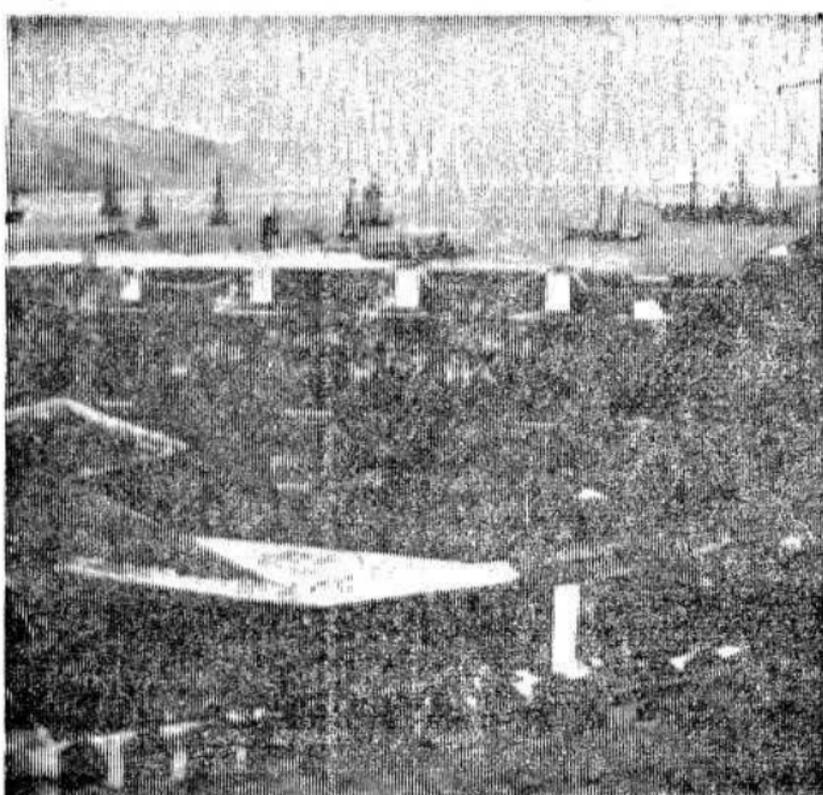


**EL VIEJO CENTINELA
DE LA CIUDAD** 15

Antigua estampa del puerto de Santa Cruz a mediados del siglo pasado. La mar pintada de veleros y un solitario vapor. A la derecha, sobre el castillo de San Cristóbal, el palo y la cruceta de la atalaya.

—Tan pronto el Excmo. Cabildo Insular nos entregue las 500.000 pesetas procedentes del empréstito emitido mancomunadamente por ambas Corporaciones para la compra del castillo de San Cristóbal y se formalice la correspondiente escritura de cesión, entraremos en posesión de tal propiedad.

Esto decía don Santiago García Sanabria, el inolvidable alcalde de Santa Cruz, hace cuarenta y cuatro años y, para siempre, sus palabras quedaron plasmadas en la revista "Hespérides" que—con fecha del 1 de mayo de 1927—reposa ahora sobre mi mesa de trabajo.

Cargado de años, este ejemplar refleja al Santa Cruz que fue y al que por paradoja, aún es y será. En sus páginas hay un ejemplar cuidado, pues, como todo libro tiene su historia—pequeña, particular historia—, este viejo número de la publicación que, de la Isla, marchó a Marruecos para que allí, con amoroso cuidado, un tinerfeño lo encuadernase y, así, durante aquella su forzosa ausencia, un pedazo de Tenerife estuviese con él.

Y allí, en las páginas de la revista, está el castillo que apenas llegamos a conocer, el castillo de que siempre oímos hablar a nuestros mayores, el castillo que siempre defendió la hispanidad de la Isla.

El viejo castillo es parte hoy de la historia de la ciudad que fue.

Su nombre sonó siempre aureolado por el tronar del cañón de la guerra y, en épocas de paz, era el vigilante que desde la playa estaba a la expectativa de las blancas pirámides de velas comerciales en ruta hacia el puerto.

Luego acechó los negros penachos que rompían la raya lejana del horizonte y, a golpes de bronce sonoro, anunciaba a la ciudad los avistamientos. Y a la derecha de la pétreo fortaleza se alzaba, vertical aguda, el mástil que, con la cruceta, era el índice del movimiento portuario de la ciudad, de la isla toda.

Hoy todo es historia.

Sólo en la Plaza de España, después de muchos años de olvido, la piedra armera del viejo, centenario castillo, luce al sol de Santa Cruz y se baña en la brisa del mar cercano.

Los viejos baluartes que defendían la ciudad incipiente, dieron paso a una obra de mayor fortaleza y efectividad desde el punto de vista de la defensa. Y, a finales de 1575, quedó señalado el lugar donde se levantaría el castillo que, hasta hace más de cuarenta años, presidió la entrada de Santa Cruz y, en varias ocasiones, hizo oír el trueno de su voz llamando a la guerra.

Junto a la fortaleza, en la huerta que hubo en el campo atrincherado que estaba situado al poniente, estuvo la fuente—"la pila"—que surtía de agua potable a la población toda. En 1813 se acordó su traslado a la Plaza que, entonces en construcción se alzaba ante la fortaleza.

Y Plaza de la Pila fue su primer nombre, hasta que, años más tarde, recibió el de Plaza Real primero, Plaza de la Constitución después y, finalmente, el de Plaza de la Candelaria.

Desde su traslado fuera del recinto fortificado, la fuente continuó poniendo su brazo desnudo de agua—brazo voluble y fresco—hasta que, en 1844, se desmontó y, en su lugar, se construyó la de Isabel II, la misma que pide se la restaure y conserve con la dignidad y respeto que sus muchos años requieren.

Hay nombres y más nombres ligados, íntimamente, a la historia del viejo castillo. Tópico sería volver sobre lo ya escrito sobre él, sobre aquella epopeya que rubricó con los giros blancos de su pólvora y las flores rojas—flores de muerte—de sus disparos contra el invasor.

"En el lugar y Puerto de Santa Cruz de esta isla, se juntaron el 15 de diciembre de 1575, el Muy Magnífico señor don Juan Alvarez de Fonseca, Gobernador y Justicia Mayor de esta isla e de la Palma por S. M. e los señores Alonso de Llarrena, Francisco de Coronado, e Alvaro Vázquez de Nava, e Licenciado Arquijo, e Bernardino Justiniano, e Pedro de Soria, e Miguel Herrera, e Hernando Calderón, e Gaspar Fonte de Ferrera e dichos señores Justicia y Regimiento dijeron: Que en cumplimiento de lo acordado en el Cabildo acerca de la Cédula Real de S. M. e instrucción que envió a esta isla para fortificación de ella, han pasado a este Puerto en vista del sitio que S.M. manda, y lo han señalado conforme a dicha Real Cédula e instrucción, a la que solía ser, e la ermita de Nuestra Señora de la Consolación que queda dentro de dicho castillo, en el cual dicho sitio mandaron que se haga la dicha fortaleza, según e de la forma e manera que S.M. manda e como está acordado por el dicho Cabildo e que desde luego se empiece la dicha obra, e que se ponga en el libro capitular; e luego los dichos señores Justicia y Regimiento hicieron llamar a Hernando Calderón y se trató con él de que dé al Cabildo hasta 300 cahizes de caí para la fortaleza de este Lugar y para la de Garachico y se concertaron con él de que dará cada cahiz de cal regada y puesta en la lengua del agua en el Puerto a precio de 14 reales el cahiz".

En la centenaria Guía de Santa Cruz escrita por el señor Poggi y Barsotto se reseña este interesante documento sobre la obra que dio comienzo siendo gobernador don Juan Alvarez de Fonseca. La prosiguió don Juan de Leiva y, cuando se le dio término, era de nuevo gobernador Alvarez de Fonseca.

El nombre de San Cristóbal, la fortaleza qued

ria, e Miguel Herrera, e Hernando Calderon, e Gaspar Ferrer de Ferrera e dichos señores Justicia y Regimiento dijeron: Que en cumplimiento de lo acordado en el Cabildo acerca de la Cédula Real de S. M. e instrucción que envió a esta isla para fortificación de ella, han pasado a este Puerto en vista del sitio que S.M. manda, y lo han señalado conforme a dicha Real Cédula e instrucción, a la que solía ser, e la ermita de Nuestra Señora de la Consolación que queda dentro de dicho castillo, en el cual dicho sitio mandaron que se haga la dicha fortaleza, según e de la forma e manera que S.M. manda e como está acordado por el dicho Cabildo e que desde luego se empiece la dicha obra, e que se ponga en el libro capitular; e luego los dichos señores Justicia y Regimiento hicieron llamar a Hernando Calderón y se trató con él de que dé al Cabildo hasta 300 cahizes de cal para la fortaleza de este Lugar y para la de Garachico y se concertaron con él de que dará cada cahiz de cal regada y puesta en la lengua del agua en el Puerto a precio de 14 reales el cahiz”.

En la centenaria Guía de Santa Cruz escrita por el señor Poggi y Barsotto se reseña este interesante documento sobre la obra que dio comienzo siendo gobernador don Juan Alvarez de Fonseca. La prosiguió don Juan de Leiva y, cuando se le dio término, era de nuevo gobernador Alvarez de Fonseca.

Y, con el nombre de San Cristóbal, la fortaleza quedó concluida en 1579.

Desde entonces tuvo a su cargo la ciudad que cerca de

PEQUEÑA *Por Juan Antonio*

CRÓNICA DE *Padrón Albornoz*

(Viene de la página anterior)

ella se extendía y, poco a poco, iba aumentando su importancia en todos los órdenes.

La situación política europea se reflejaba en los pétreos muros de la fortaleza que defendía Santa Cruz y era núcleo principal de las baterías y baluartes tras los cuales se recataba la ciudad, presa siempre codiciada y nunca lograda.

Desde el valle de San Andrés—donde todavía perdura el centenario castillo vencido por mares de barranco—al también existente de San Juan, Santa Cruz miraba al mar tras las negras, amenazadoras bocas de la artillería que ponía su muda, seria advertencia.

Paso Alto, San Miguel, Santa Teresa, Santiago, Pilar, San Antonio, San Pedro, Concepción, San Telmo, San Francisco y Las Cruces eran los tramos que, escalonados, estaban al acecho en la costa.

Con excepción de los dos nombrados y el de Paso Alto, nada queda de aquel pasado bélico de la ciudad vigilante y celosa de su españolismo. Pero hasta no hace muchos años, los nombres de las baterías resonaban en las playas que Santa Cruz—ciudad marinera por historia y tradición—cedió a su puerto en continua expansión, a ese puerto que, por paradoja, cuanto mayor se hace más pequeño resulta.

Y en algunas de aquellas playas, mudos testimonios de un pasado, gruesos murallones ponían la nota característica de la construcción militar de años ya idos para siempre. Eran los restos de la época en que el cañón isleño tenía siempre como enemigo al “wooden wall” que, bajo lonas tensas y repletas de viento, maniobraba a la espera de caer sobre la ciudad, sobre sus siempre dispuestas y alertas baterías que—también siempre—supieron darle adecuada respuesta.

Y de aquel pasado sólo quedan tres mudos castillos y, en pleno centro de la ciudad, la piedra armera que señala donde se alzó el imbatido castillo de San Cristóbal.